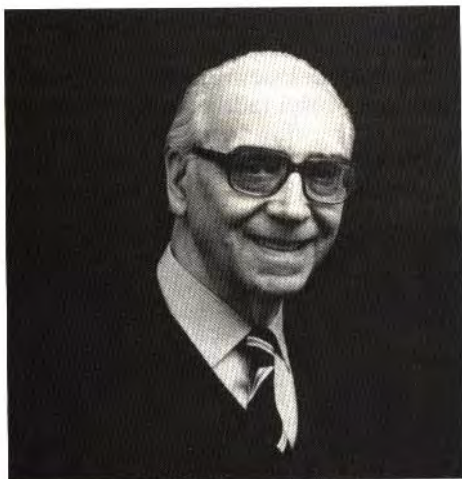


Con el grado de Miembro Honorario de la Facultad de Medicina han sido designados los Profesores *Raúl Croxatto Rezzio*, *Raúl Dell'Oro Serra*, *Gabriel Letelier Letelier* y *Roque Kraljevic Orlandini*.



Prof. Dr. Raúl Croxatto R.

**E**l Dr. *Raúl Croxatto Rezzio* recibió su título de Médico-Cirujano en 1937. Ingresó a la Facultad de Medicina como Ayudante-Alumno en la Cátedra de Fisiología en 1936, fue Jefe de Trabajos Prácticos de la misma y luego Profesor Auxiliar en 1942. Es designado Profesor de Físico-Química en 1943, Profesor de Fisiología en la Cátedra del Dr. Héctor Croxatto en 1948, Profesor Agregado de Fisiología y Química Fisiológica en la Cátedra del Dr. Luco en 1949 y Profesor Titular de Química Biológica en 1952. Desde ese momento, el Dr. Croxatto se orienta firmemente hacia la Bioquímica, de la cual puede considerarsele fundador y permanente impulsor en la Facultad, llegando a adquirir la categoría de Profesor Titular de la misma en 1968. Muy sobresaliente, en este sentido, es la permanente integración que el Dr. Raúl Croxatto mantiene con la Facultad de Ciencias Biológicas, relación que es vital a los intereses científicos básicos de la medicina.

Como Profesor de Bioquímica debemos reconocer el esfuerzo de haber documentado en forma personal el material docente para sus alumnos. Muy significativamente, el Dr. Croxatto tiene la fortuna y talento de haber formado a valiosos profesionales que lo reconocen como su maestro. Ellos han colaborado en su obra en la Facultad y han sido decisivos en la iniciación de la Bioquímica en otras Escuelas de Medicina.

Por encargo de la Facultad y desde 1939 el Dr. Croxatto debe dedicarse a la organización del Laboratorio Clínico del Hospital. Rechaza inicialmente la Dirección de éste, que recae en el Dr. Bernardino Piñera, pero al ingreso del, hoy Monseñor, Dr. Piñera al Seminario en 1940, se ve obligado a tomar dicha dirección que ha ejercido hasta hoy. Con gran generosidad, inventiva y deseo permanente de progreso, ha vertido en el Laboratorio Clínico su talento de bioquímico y médico,

y lo ha llevado a ser uno de los más destacados del país. Ha introducido y perfeccionado las técnicas de numerosos métodos de análisis clínico, en un campo que crece explosivamente.

Al resaltar, finalmente, una de las características del Dr. Raúl Croxatto, nos encontramos con la opinión unánime de destacados médicos a quienes siempre han impresionado su originalidad y su talento creativos, y que lo reconocen como un maestro e inspirador permanente.

#### Mensaje a los alumnos

*"En mi labor académico-docente de la bioquímica lo que más me ha impresionado con el correr de los años es que el avance científico, que investiga experimentalmente el fenómeno viviente, comprueba la inagotable y siempre creciente complejidad de aquél, pero demuestra que palpa el mejor testimonio de la potencialidad de la creación y la existencia de Dios, su divino artífice".*

Dr. R. CROXATTO R.



Prof. Dr. Raúl Dell'Oro S.

**D**el Profesor *Raúl Dell'Oro Serra* debemos comenzar por mencionar que él fue alumno del primer curso de Medicina de nuestra Facultad. Recibió su título de Médico-Cirujano en 1937 e ingresó a la Facultad un año más tarde. Habiéndose formado y trabajado en un prestigiado Servicio de Urología nacional, ingresó al Servicio de Cirugía de nuestro Hospital. Como parte de éste, comenzó a trabajar con unas pocas camas dedicadas a pacientes urológicos. A él se debe, por lo tanto, la organización inicial y primeros pasos de un Servicio de Urología que ha crecido continuamente hasta al-



canzar actualmente una posición preeminente en el país. En él se ha desempeñado, como Profesor Titular, desde 1954. Introdujo, en nuestro medio, las operaciones más importantes de la especialidad en una etapa en que el riesgo y envergadura técnica de las mismas aparecían con una magnitud muy diferente que las que hoy se les concede. Así, fue el Dr. Dell'Oro el que efectuó la primera prostatectomía transvesical y la primera enterocistoplastia en nuestro medio.

Notable es la integración que el Dr. Dell'Oro hizo de la clínica y la fisiopatología, la que había palpado de cerca junto al Profesor Houssay en Buenos Aires. Ha sido, también,

un impulsor constante de la Revista Chilena de Urología, que cede sólo a la Revista Médica en antigüedad entre las publicaciones médicas nacionales.

Pero, indudablemente, la huella más significativa que él ha trazado en nuestra Escuela se relaciona con la enseñanza de su saber a los alumnos y becados. En esta actividad, como en otras, su fino sentido del humor no puede quedar sin mencionar en este momento. Este, junto a una calidez y dedicación ejemplares, ha hecho del Dr. Dell'Oro un profesor favorito de los alumnos, que hoy se alegrarán junto a nosotros de la distinción que justamente se le hace.

#### Mensaje a los alumnos

*"La docencia nos ha dado las mayores satisfacciones, no tanto por la experiencia transmitida, como por la continua renovación que significa el diario contacto con las nuevas, y cada día más selectas, generaciones de discípulos".*

Dr. R. DELL'ORO S.



Prof. Dr. Roque Kraljevic O.

**E**l Profesor *Roque Kraljevic Orlandini* recibió su título de Médico Cirujano en 1937 e inició también su carrera académica como Ayudante-Alumno de Bacteriología e Inmunología en la Universidad de Chile en 1933. Desde temprano, orientó su vocación al estudio de la microbiología y enfermedades infecciosas, llegando a ser Jefe de Clínica de la Cátedra Enfermedades Infecciosas del Profesor Horwitz en 1942 y en la Escuela de Salubridad de la Universidad de Chile en 1944. Alcanza el grado de Profesor Titular de Enfermedades Infeccio-



sas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile en 1963.

En la Facultad de Medicina de la Universidad Católica se incorpora como Jefe de Clínica en el Curso de Enfermedades Infecciosas en 1946, es Profesor Agregado en 1952 y luego Profesor Titular desde 1966.

Una de las acciones más significativas del Dr. Kraljevic es la creación y posterior dirección del Hospital de Enfermedades Infecciosas, vecino al Hospital Barros Luco. Desde allí, y secundado por un selecto grupo de médicos que se honran en considerarlo su maestro, contribuyó muy significativamente al estudio y tratamiento de las enfermedades infecciosas en nuestro

país. Es notable la gran variedad de patologías cuyos aspectos clínicos, epidemiológicos y terapéuticos se vieron enriquecidos en nuestro medio, gracias a la labor del Dr. Kraljevic y sus discípulos, destacándose el impacto docente de ese servicio en las facultades de Medicina del país. La experiencia así ganada transformó al Dr. Kraljevic en un experto cuya asesoría fue frecuentemente buscada por organismos ministeriales e interamericanos.

La distinción que hoy se le hace se suma a múltiples reconocimientos previos entre los que debemos mencionar, en forma especial, su reciente incorporación a la Academia de Medicina del Instituto de Chile.

#### Mensaje para los alumnos

*“El éxito de cualquier programa destinado al control de una enfermedad infecciosa transmisible está basado fundamentalmente en el diagnóstico concreto y oportuno de los primeros casos de un brote epidémico y de su notificación a las autoridades sanitarias correspondientes, etapas ambas que corresponden a los clínicos que atienden a dichos pacientes.*

*El error diagnóstico y la falta de notificación retrasarán todas las medidas epidemiológicas indispensables y la comunidad quedará expuesta a las consecuencias del brote epidémico. Por todo ello, nunca será exagerado insistir en la enseñanza actualizada de la infectología clínica y de un adiestramiento útil en pregrado, completada con cursos de postgrado”.*

Dr. R. KRALJEVIC O.



Prof. Dr. Gabriel Letelier L.

**E**l Profesor *Gabriel Letelier Letelier* recibió su título de Médico Cirujano en 1937. Inició su carrera académica como Ayudante de Clínica en prestigiasas Cátedras de la Universidad de Chile, trabajando junto a los Profesores González Cortés y Ricardo Donoso. Se incorporó a nuestra Facultad en 1940, como Ayudante de la Sección de Medicina y llegó a ser Profesor Titular en 1951. El Dr. Letelier puede ser considerado, junto al Dr. Ramón Ortúzar, como decisivo en el desarrollo de la Medicina Interna en nuestra Facultad. Contribuyó muy generosamente a la integración de la docencia, asumiendo en múltiples oportunidades Jefaturas de cursos Integrados de Clínica. Desde la Cátedra de Introducción a la Medicina o Semiología, y luego desde el Departamento de Medicina, cuya Jefatura también ejerció, el Dr. Letelier ha entregado conocimientos, y lo que es más importante, entregó al lado de la cama del enfermo, en forma abnegada y silenciosa, su vasta experiencia, fruto de una sólida integración entre la fisiopatología y la medicina, en la que se sustenta todo buen juicio clínico.

Creo no exagerar al decir que, por sus grandes condiciones humanas, el Dr. Letelier ha sido un médico particularmente querido de sus colegas, alumnos y enfermos.

#### Mensaje a los alumnos

*"El papel primordial del médico es aliviar y no el prolongar la vida del paciente a cualquier costo".*

Dr. G. LETELIER L.

**Palabras de agradecimiento  
del Dr. Fernán Díaz en  
la ceremonia de entrega  
de Grados Honoríficos**

Señor Rector, señor Decano,  
Señores Profesores y Alumnos,  
Señoras y señores.

**E**l señor Decano me ha pedido ser la voz de mis eminentes colegas, en esta hora en que la Universidad, bondadosamente, nos entrega una distinción, al término de nuestros caminos. El Decano ha descubierto que soy el más viejo, actual condición que antes me permitió ser docente de quienes han sido maestros en nuestra Escuela Médica. Dije docente: debo decir instructor. Apenas instructor. Instructor a duras penas.

En aquellos días mágicos, como fuera recordado en alguna ocasión, profesores hubo que llegaron en bicicleta, pasando entre alumnos regocijados y socarrones; patólogos que enseñaban problemas generales de biología y radiólogos que profesaban la embriología. Hubo quien contuvo el dique de las aguas, yendo y viniendo en la exposición de temas de bioquímica, la revelación de la acción de los fármacos y la enseñanza de la fisiología humana. Hombres múltiples como del Renacimiento. Pues bien, a esa época primigenia pertenecieron como alumnos algunos de los profesores en cuyo nombre hablo.

Y conviene aclarar ciertas cosas cuando están de por medio la nieve en las cabezas y el pelo escaso. Fui docente sólo de algunos que, irremediablemente para mí, son más jóvenes que yo, como Ramón Ortúzar, hombre bondadoso con los enfermos, maestro de la medicina y paladín de la medicina interna general, ahora amenazada. Pero reivindicó mi posición frente a Gabriel Letelier, hombre ecuánime, experto médico de los signos, que me enseñó



siempre; frente a Raúl Dell'Oro, cirujano distinguido y de alegre humor; frente a Raúl Croxatto, bioquímico sabio, visionario de las partículas y hombre pacífico y, por último, frente a Roque Kraljević, médico que domina las fiebres malignas y, al cual nunca pude enseñar nada, porque fue mi examinador cuando fui alumno de la Universidad de Chile.

Hermosos tiempos. Si yo dijera que fui lector de un Rector universitario, nadie lo creería, aunque invocara el testimonio de frailes descalzos.

Pero recordemos más bien el libro de la Sabiduría en donde está escrito que el tiempo que vivimos (y el que hemos vivido) es como el paso de una sombra. Disfrutemos, pues, de las horas presentes, antes que atardezca y decline el día.

La distinción que la Universidad nos entrega es para todos una joya viviente.

Para mí está hecha de gemas preciosas, que son las enseñanzas que he recibido de todos mis maestros, desde Roberto Barahona —la espada brillante— Arturo Atria, Arturo Albertz, apodado El Kronprinz por sus alumnos, hasta Erich Heegewaldt, creador de la radiología chilena científica. De mis compañeros de Escuela, encabezados por Hernán Hevia y Alfredo Lepe, camaradas de lealtad ejemplar, servidores distinguidos de nuestra Facultad. Y de todos mis colaboradores en el Departamento de Radiología. No los temporeros, sino los de todo el tiempo.

Hemos tenido el privilegio de vivir los primeros cincuenta y cinco años de la Escuela de Medicina. Yo me alegro de este regalo de DIOS, porque me ufano —dice el Libro de la Sabiduría— de tener a DIOS por PADRE. En sus manos estamos y a sus manos encomiendo la Universidad y su Escuela de Medicina, y a sus guías y autoridades.

Quisiera haber interpretado ajustadamente los sentimientos de mis distinguidos colegas. Quisiera exultar con las palabras del poeta:

*Y hagamos fuego, y silencio, y sonido.  
Y ardamos, y callemos, y campanas.*

## Discurso del Decano de la Facultad de Medicina



Dr. Pablo Casanegra P.



Rector Sr. Jorge Swett M.

**A**l profundo significado que revisite esta Ceremonia de Inauguración del Año Académico se suman hoy día dos motivos de alegría para nuestra Facultad.

En primer lugar, hemos asistido a la entrega de Grados Honoríficos otorgados a seis de nuestros más queridos profesores, quienes han dado una parte importante de su vida a nuestra Facultad, con generosidad, lealtad, cariño, espíritu de sacrificio, amor por sus alumnos, afecto por sus pacientes y manifestaciones de la elevada condición académica que poseen.

Por otra parte, tenemos el honor de tener entre nosotros al Dr. Juan de Dios Vial Correa, Profesor de nuestra Facultad, quien ha sido designado recientemente Rector de esta Universidad. Es para mí motivo de orgullo y satisfacción poder recibirlo oficialmente en este acto especialmente significativo para todos nosotros.

El estamento académico es, sin duda, uno de los pilares fundamentales del quehacer de nuestra Facultad, y la existencia de una carrera académica basada en los niveles de excelencia alcanzados por nuestros docentes es condición básica para su progreso.

Durante el último año, las Comisiones de Carrera Académica han completado un largo proceso de promoción y calificación que abarcó a la gran mayoría de los docentes de las Escuelas de Enfermería y Medicina.

Las Comisiones han trabajado arduamente, con gran seriedad, procurando evaluar en forma justa el conjunto de elementos que deciden la promoción de nuestros profesores, tratando de ponderar en forma equilibrada los aspectos docentes,



de investigación, asistencia y administración universitaria que componen el variado y complejo mundo de la actividad de un académico.

Felicito muy sinceramente a quienes se hicieron acreedores de un ascenso y espero que la decisión de la Comisión haya significado un estímulo para quienes aún no cumplen los requisitos necesarios para su promoción.

Debo resaltar en esta oportunidad que, por primera vez en nuestra Facultad, se ha iniciado la contratación de nuevos docentes por un sistema de concursos, lo que, estamos seguros, contribuirá a seleccionar a las personas más valiosas para ocupar los nuevos cargos que precisa una Facultad en permanente desarrollo y crecimiento.

Como otro aspecto del apoyo a la carrera académica de nuestra Facultad, se ha comenzado un proceso de normalización de las remuneraciones mediante la aplicación de una escala de sueldos, basada, fundamentalmente, en el grado académico.

Un acontecimiento de gran importancia para la Escuela de Medicina ha sido el Primer Encuentro de Académicos que, gracias a la iniciativa del Dr. José Manuel López, se efectuó en las termas "Baños del Corazón" en el mes de noviembre de 1984. En esa ocasión, sesenta docentes de las Facultades de Medicina y Ciencias Biológicas tuvieron la oportunidad de discutir temas científicos, filosóficos, éticos y religiosos en un ámbito de gran cordialidad y camaradería. Actividades de este tipo deberán mantenerse en el futuro para estrechar los lazos humanos, científicos y académicos entre ambas Facultades, con el objeto de analizar temas de interés permanente para nuestra institución.

A nuestros alumnos de pregrado hemos procurado comprenderlos mejor, como individuos jóvenes que ingresan con gran optimismo, a veces con temor y frecuentemente muy desconcertados a su vida universitaria, por lo que hemos reforzado un sistema de tutoría a nivel del primer año de Medicina. Además, se han liberado horarios para que puedan cursar ramos optativos y se ha procurado darles las mayores facilidades para que puedan desempeñar una actividad deportiva durante sus estudios. Esperamos ofrecerles, en breve plazo, un gimnasio para que puedan efectuar entrenamiento y deporte en lugares próximos a la Casa Central.

En docencia de Ramos Clínicos, considerando que la presencia del maestro junto al paciente constituye el pilar fundamental del aprendizaje, se ha incrementado la supervisión de la enseñanza práctica en el Centro de Diagnóstico, en el Hospital "Sótero del Río" y en nuestro Hospital.

A nivel de posgrado, los planes y programas de becas de especialización se han revisado permanentemente, se ha incrementado el número de becados y se ha dado un decidido estímulo a la investigación durante su período de formación. Para este efecto se ha realizado el primer concurso de investigación para becados, que ha despertado gran interés y al que se presentó un número muy importante de proyectos de gran utilidad.

Como manifestación del interés de nuestra Facultad en programas de Educación Continua, se ha configurado un interesante y promisorio proyecto en Medicina Rural para un grupo de nuestros egresados que se desempeñan en las localidades de Quirihue y Ninhue, en la provincia de Ñuble. Además, y como es tradicional en nuestra Facultad, se han organizado nu-



merosos cursos de formación de posgrado abiertos a todos los médicos del país.

En el campo de la investigación ha existido un interés creciente de nuestros docentes en participar en concursos tanto de la Dirección de Investigación de la Universidad como de otros organismos nacionales e internacionales. Tanto el número de proyectos como su porcentaje de aprobación ha ido en constante ascenso. La Comisión de Investigación Científica ha desempeñado un papel propulsor de esta actividad en la Facultad y ha cumplido un rol de gran trascendencia al estimular activamente la discusión y reglamentación de los aspectos éticos relacionados con la investigación clínica.

En el último año, la Comisión de Investigación Científica, en la cual participan por primera vez docentes de la Escuela de Enfermería, ha logrado impulsar diversos proyectos en dicha Unidad Académica, los que han recibido el apoyo de la Dirección de Investigación. Ha organizado, además, reuniones semanales en las cuales los diversos grupos de investigadores presentan sus trabajos para el conocimiento interdisciplinario de sus actividades. Esperamos en el futuro próximo reforzar esta iniciativa, que creemos es fundamental para un desarrollo aún más acelerado del progreso científico.

Asimismo, esta Comisión ha implementado una Oficina Editorial y de Asesoría en Bioestadística y Computación, que sin duda está facilitando la labor de los investigadores al interior de la Facultad.

Con el fin de configurar un plan coherente de estímulo a la investigación se diseñó un proyecto basado en las grandes líneas de interés de nuestros departamentos, el que se sometió a la consideración del Banco Interamericano de Desarrollo. Un concepto importante dentro de este proyecto es la habilitación de un Centro de Investigaciones Clínicas al interior de la Facultad. Considero que uno de los grandes desafíos del futuro lo constituye el hecho de que el progreso de la medicina clínica cada vez está más unido al progreso del conocimiento de la fisiología y patología a nivel celular. Para enfrentar este desafío creemos que la creación de este Centro de Investigaciones Clínicas puede ser fundamental, mejorando el nivel de la expresión científica de nuestra Facultad y permitiendo mantener e incrementar un diálogo enriquecedor con la Facultad de Ciencias Biológicas.

Esperamos con optimismo que ya sea a través del BID o con la participación de otras fuentes de financiamiento nuestra Universidad nos pueda satisfacer este anhelado deseo.

Entre las actividades de extensión hacia el interior de la Universidad, deseo mencionar la organización de siete nuevos cursos de formación general que otorgará nuestra Facultad a sus propios alumnos y alumnos de otras Facultades. Además, se ha participado activamente en el Curso de Medicina Legal para la Facultad de Derecho y en cursos de Administración Hospitalaria dictados por la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.

Otro aspecto de la extensión que deseo resaltar es el hecho de que docentes de nuestra Facultad han ejercido trece presidencias en diversas Sociedades Científicas de nuestro país durante el bienio 83-84, lo que ha constituido un honor para nuestra institución, así como una oportunidad para exponer en diversos ámbitos nuestros principios en docencia, en investigación y en la práctica de la medicina.



El año pasado, en esta misma ceremonia inaugural, me referí a la necesidad de impulsar algunas áreas que me parecían de especial importancia en la vida de la Facultad. Hoy puedo manifestar que Salud Pública ha experimentado un decidido crecimiento, con incorporación de nuevos académicos y nuevos planes y proyectos en este campo. En Psiquiatría se ha iniciado la incorporación más activa de esta disciplina a la actividad clínica de nuestra institución, mediante su participación en diversas reuniones clínicas.

Los aspectos éticos de nuestra profesión se han reforzado a través de contactos permanentes con la Pastoral Universitaria, por la discusión de estos temas con los investigadores clínicos y en el diseño de cursos optativos y seminarios relacionados con este importante aspecto de la medicina contemporánea y en los cuales nuestra institución por ser católica tiene una responsabilidad prioritaria.

En cuanto al desarrollo de la planta física y equipamiento de nuestra Facultad, deseo enumerar solamente aquellos logros más significativos.

Durante este período se ha dado una instalación definitiva, adecuada a la dignidad del trabajo académico y asistencial que allí se realiza, al Departamento de Enfermedades Respiratorias, al Servicio de Hemodiálisis, al Laboratorio de Neurología, al Laboratorio de Medicina Nuclear, al Laboratorio de Obstetricia y Citología, al Laboratorio de Urgencia y a la Sección de Microscopía Electrónica, cuyo instrumento fue producto de una generosa donación de la Fundación Alexander von Humboldt. También durante el curso del año recién pasado se habilitó el edificio que alberga diversas actividades de la Facultad y Escuela de Medicina, se remodeló el 4º piso pensionado y se efectuó la importación de numerosos equipos destinados a diversos sectores del Hospital, Departamentos y Laboratorios.

Asimismo, se concretó la compra del más moderno Scanner que existe en el momento actual y que esperamos estará en funciones en el curso de los próximos meses.

Por ser demasiado evidente sólo mencionaré brevemente que estamos en la fase final de la construcción del nuevo Hospital Clínico, con alrededor de 8.000 m<sup>2</sup>, el que entrará en funciones próximamente. Esta gran ampliación nos permitirá incorporar numerosas especialidades médicas cuya docencia actualmente se efectúa en forma dispersa en distintos hospitales de Santiago.

El hecho de tener un Hospital Clínico más completo y con mayor actividad asistencial nos permitirá en el futuro no sólo mejorar la calidad de nuestra docencia, objetivo fundamental de nuestra Facultad, sino también asumir una mayor responsabilidad en la atención médica de toda la comunidad que integra la Pontificia Universidad Católica.

Puedo asegurarles que, frente a todo lo realizado, la tarea hacia el futuro es de enorme magnitud. Estoy seguro de que con el apoyo siempre generoso de nuestros académicos, personal administrativo y alumnos, el desafío del crecimiento futuro traerá grandes satisfacciones a nuestra institución.

Deseo resaltar en este momento la solidaridad que ha demostrado toda la comunidad de nuestra Facultad para ir en auxilio de aquellos funcionarios que sufrieron pérdidas a raíz del terremoto del 3 de marzo recién pasado. Académicos, funcionarios y alumnos se unieron efectuando donaciones en dinero, vestuarios y medicamentos, destinados a quienes más necesidades tenían después del sismo.



Al finalizar esta apretada síntesis de los logros de nuestra Facultad en el curso del último año y de sus proyectos, ambiciones y deseos, quiero rendir un cariñoso homenaje a nuestro querido Rector Emérito don Jorge Swett Madge, quien fue durante sus casi doce años de Rectorado una pieza vital para que la Pontificia Universidad Católica pasara a ocupar un lugar de liderazgo en la educación superior en nuestro país.

En relación a su gestión para con nuestra Facultad, deseo recordar y agradecer personalmente a don Jorge por el apoyo directo que otorgó a la terminación y puesta en marcha del Centro de Diagnóstico, a la construcción de la Unidad Coronaria y Servicio de Cirugía Cardiovascular y, últimamente, por la adquisición de un Scanner que nos pondrá a la vanguardia en este tipo de tecnología en el país.

Pero, sin lugar a dudas, mucho mayor trascendencia tendrá para el futuro de nuestra Facultad su autorización y permanente estímulo a la construcción de la ampliación de nuestro Hospital Clínico Universitario, con lo que se cumple un anhelo de más de veinticinco años de nuestra comunidad.

En este acto solemne y en presencia de toda la Facultad de Medicina, quiero hacer entrega a usted de un pequeño testimonio de agradecimiento de todos nosotros a su gestión.

Muchas gracias, don Jorge.

#### NOTA BIOGRAFICA

**Dr. Pablo Casanegra Prnjat.** Nació en Santiago el 19 de marzo de 1934. Cursó sus estudios secundarios en el Saint George's College. Ingresó a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica en 1951 obteniendo su título de Médico-Cirujano el 13 de junio de 1958. Entre 1958 y 1961 realiza una beca residencia en la Universidad Católica con énfasis en Medicina Interna. Viaja a los Estados Unidos entre 1961 y 1964 donde obtiene su formación cardiológica de posgrado. Inicia su carrera académica en esta Escuela en 1965 como Instructor en Medicina, asciende en 1968 a Profesor Auxiliar, en 1972 a Profesor Adjunto y a Profesor Titular de Medicina en 1978.

Entre los numerosos cargos que le ha tocado desempeñar en esta Escuela debemos destacar los de Jefe del Departamento de Cardiología, especialidad de la que ha sido un gran impulsor;

Subdirector de la Escuela de Medicina (1970 y 1973 - 1975) y Decano de la Facultad en dos períodos (1975-78 y 1982-85). Ha formado parte de diversos cuerpos colegiados de esta institución, entre otros, Consejo Académico, Consejo Interdepartamental, Consejo de Facultad y representante electo de los académicos al Consejo Superior.

Entre sus obras cabe mencionar las diversas ampliaciones del Departamento de Cardiología, y sin duda la última y más importante, es la ampliación del Hospital Clínico.

Es autor de numerosas publicaciones científicas en el campo de la Cardiología y entre sus premios y distinciones se pueden destacar el Premio Colegio Médico de Chile 1958 y la Condecoración Pontificia "Comendador de la Orden Ecuestre de San Silvestre Papa", otorgada por Su Santidad Juan Pablo II en enero de 1981.



**Primer Encuentro de Académicos de la  
Escuela de Medicina de la Pontificia  
Universidad Católica de Chile, efectuado  
en el Hotel Balneario Termal  
“El Corazón” en Los Andes**

**30 de noviembre,  
1 y 2 diciembre 1984**

## Introducción al Primer Encuentro de Académicos de la Escuela de Medicina



Dr. José Manuel López M.

La Dirección de la Escuela de Medicina organizó, como actividad oficial, una reunión de sus profesores los días 30 de noviembre, 1º y 2 de diciembre de 1984, la cual se efectuó en el hotel balneario termal "El Corazón", cercano a Los Andes, con asistencia de setenta académicos.

Dicho encuentro pretendió dar satisfacción a varios objetivos. El primero de ellos fue ofrecer la oportunidad de conocer e intercambiar opiniones sobre contenidos amplios atinentes al desarrollo de la medicina. En este contexto fue especialmente valiosa la presentación por el Profesor Héctor Croxatto R. del tema "Ciencia y valores humanos", ponencia que otorgó un adecuado marco doctrinal y filosófico para la segunda presentación, hecha por el Profesor Federico Leighton P. sobre "Biotecnología, un desafío para la Universidad". El análisis de este tema, de importancia creciente, señaló la necesidad de una definición de política general en nuestra Universidad que no es aconsejable postergar.

El Profesor invitado de la Universidad de Chile, Dr. Jaime Lavados M., centró su exposición en el tema "Ciencia, Tecnología y Salud de Chile". El complejo conglomerado de políticas, recursos humanos y materiales, prioridades y necesidades de un país como el nuestro sirvieron para señalar la conveniencia de ahondar en todas las variables en juego, más allá de los estrictamente inmediatos.

No fue ajeno al interés de los presentes el analizar, a través de una brillante presentación del Profesor Armando Roa R., el tema "Formas del pensar psiquiátrico en el siglo XX". La discusión posterior profundizó sobre el significado de



la enfermedad mental en relación a las ideas prevalentes sobre el hombre.

Un segundo objetivo de este encuentro fue el de revisar, como Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica en general y como sus académicos en particular, nuestra definición de cristianos activos y comprometidos. En este sentido, el R.P. Hernán Alessandri M. a través de su intervención: "Ciencia, Medicina y Comunicación Cristiana" dio oportunidad de considerar en profundidad dichos conceptos, señalando para ellos una expresión real y acorde con el tiempo y las circunstancias en los cuales la Escuela y sus miembros están inmersos.

Como tercer objetivo se pretendió propiciar un ambiente de camaradería y alegre convivencia, alejado de las obligaciones cotidianas, que permitiera, a través de una rica interacción entre los académicos participantes, afianzar la cohesión humana del cuerpo académico, a la que nuestro carácter de católicos nos obliga.

Debo agradecer el apoyo de Laboratorios Saval, institución que actuó como coauspiciador invitante y cuyo concurso al éxito del encuentro fue significativo.

Las páginas que siguen contienen las transcripciones de las conferencias del programa, las que están escritas en su propio estilo de presentación oral. Es interés del Director de la Escuela ofrecerles esta recopilación de documentos como testimonio de una jornada genuinamente universitaria, que a la luz de la experiencia vivida debiera constituirse en una actividad anual y mantenida.

#### NOTA BIOGRAFICA

**Dr. José Manuel López Moreno.** Nació en Curicó el 24 de julio de 1941. Realizó sus estudios secundarios en el Liceo de Hombres y en el Instituto San Martín de esa ciudad. Siguió la carrera médica en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, de la cual egresó en 1965. Obtuvo el título de Médico-Cirujano en la Universidad de Chile en 1966.

Entre 1966 y 1969 continuó su formación de posgrado en Medicina Interna en su Universidad de origen y posteriormente efectuó un curso de posgrado de Endocrinología en la Universidad de California, San Francisco (1975 - 1977), al ganar una beca Fogarty International.

Se desempeñó como Profesor Auxiliar de Fisiopatología en la Universidad de Chile (Sede Talca) entre 1969 y 1971. Ingresó a la carrera docente en la Pontificia Universidad Católica, en 1972 como Instructor, continuando en 1973 como Profesor Auxiliar y en 1980 como Profesor Adjunto. En 1972 fue designado Jefe de la Unidad de Endocrinología; en 1977, Jefe de Laboratorio de Endocrinología; en 1981, Jefe del Departamento de Enfermedades Endocrinológicas, Metabólicas y Reumatológicas; en 1974, fue por un corto período Subdirector Subrogante de la Escuela de Medicina y desde 1983 hasta la fecha, Director de la misma. Desde 1979 ha integrado diversas comisiones y conse-

jos de la Facultad de Medicina. Durante 1979 - 1983 ejerció como Secretario Ejecutivo de la Comisión de Investigación de la Escuela de Medicina.

Es Profesor Encargado del Curso de Formación General "Vida Humana: origen, desarrollo y destino" y Profesor Jefe del Programa de Posgrado en Endocrinología.

Es autor y coautor de seis capítulos de libros y de alrededor de cincuenta trabajos científicos, publicados en Chile y en el extranjero. Obtuvo el Premio Bayer, en 1981 y el de la Academia de Medicina de Chile, en 1984.

Ha participado en cuarenta y cinco congresos nacionales e internacionales y es miembro de ocho Sociedades Científicas chilenas y extranjeras, destacándose su carrera completa en la Sociedad Chilena de Endocrinología y Metabolismo, de la cual fue Presidente en el período 1983-1984.

Su interés por la docencia se refleja en el trabajo "La formación médica de pregrado en Chile", del cual es coautor y se ha preocupado especialmente del fomento de las actividades humanísticas de los docentes de nuestra Escuela y ha sido el alma de la organización de los Encuentros de Académicos de Medicina, a partir de 1984.



## Ciencias y Valores Humanos



Prof. Dr. Héctor Croxatto R.

Dos versículos del Eclesiástico dicen así: “Y di mi corazón para buscar e investigar sobre todas las cosas que hay bajo los cielos; esta dura tarea la dio Dios a los hombres para enfrentarla aquí”. Más adelante dice: “Porque en mucha sabiduría hay mucha aflicción; quien aumenta el conocimiento, aumenta la tristeza”. Estas frases nos mueven a reflexión y contribuyen a centrar el problema que vamos a debatir hoy, y en el que ya el solo título —aunque muy breve— dimensiona la complejidad del problema. Al hablar de la ciencia y los valores humanos se pretende analizar las relaciones entre las verdades que entrega la ciencia y los valores humanos, ya sean éticos, religiosos, estéticos, que el hombre ha amasado y cultivado a través de los siglos. Esta es, a mi juicio, una tarea exquisita para un filósofo de la ciencia. Nosotros, como científicos (y naturalmente quiero pensar en que la preocupación de la Medicina es en gran parte una tarea estrictamente científica), no podríamos marginarnos de pensar en este problema, el encuentro de las verdades de la ciencia con lo que consideramos los valores fundamentales del hombre, que le dan las razones de su existencia.

Todos sabemos de esta dialéctica, que ya dura siglos. No ha sido fácil, y ha dado origen a lo largo del tiempo a conflictos y disensiones, polémicas, y que aún llegan a nuestro tiempo.

Cuando abracé la carrera de investigador científico estaba convencido, con cierta candidez por cierto, y aún lo estoy, de que los productos de la ciencia son simplemente maravillosos. Lo que no intuí, muchos años atrás, fue que la ciencia y la tecnología estuvieran en el ban-



quillo de los acusados. Es sorprendente, para quien se asoma a la literatura del tema, la enorme cantidad de ensayos y de estudios de filósofos, sociólogos y científicos que se preocupan del problema de la ciencia y de sus relaciones con los valores que el hombre ha construido. Es evidente que la ciencia, como el propio Papa Juan Pablo II lo expresó en un memorable discurso pronunciado en las Naciones Unidas y cuando, refiriéndose al poder creador del hombre —maravilloso don que Dios le ha dado—, dijera: “Nunca como ahora el hombre ha tenido tanto temor por las cosas que fabrica”. Allí no sólo se refería al holocausto final a que pueden llevar las armas atómicas que existen, y que harían desaparecer al género humano y a toda forma viviente del planeta, sino a los efectos que ha tenido el desarrollo avasallador de la ciencia, y muy particularmente de su derivada inevitable: la tecnología. Concebir la ciencia sin el progreso de la tecnología realmente resulta difícil, aunque son dos cosas muy diferentes. Ambas, sin embargo, están tan íntimamente asociadas, que las críticas más cáusticas dirigidas contra la tecnología alcanzan el día de hoy también a la ciencia. Yo quisiera mostrarles que este pensamiento es un verdadero clamor universal de recelo y desconfianza frente a los avances de la ciencia y la tecnología y la manera cómo ellas, la ciencia y la tecnología, han cambiado la manera de vivir, nuestras existencias, trastrocando valores que se han infiltrado en la sociedad de todas las latitudes. Vivimos rodeados de los productos de la ciencia, desde la aspirina hasta los anticonceptivos, de los automóviles a las computadoras, de modo que cada instante de nuestra vida cotidiana está necesariamente matizado e influido por estos poderosos agentes. Un gran sociólogo norteamericano, en un artículo escrito hace pocos años, dice así: “Nuestra era ha sido denominada era de la ciencia y la tecnología, como también la era de la ansiedad”. Ambas son definiciones precisas y ciertamente una se alimenta de la otra. Junto a los avances científicos y tecnológicos han crecido los temores y la ansiedad. En el mejor de los sentidos, ésta es la era de la paradoja; una era de inigualable y abundante necesidad sin precedente, un período de grandes avances científicos y tecnológicos, opacados por los increíbles instrumentos de destrucción; en fin, una era en la cual sabemos prácticamente todo acerca del “cómo” y muy poco del “para qué”.

Un breve párrafo del ya fallecido poeta, filósofo y ensayista Raúl Valéry, escrito hace unos veinte años, reza así: “Nunca la humanidad conoció tanto poder y tanta confusión, tantas preocupaciones y ajetreos, tantos conocimientos y tanta incertidumbre; en igual medida, la angustia y la futilidad comandan las horas de nuestros días”. En el mismo sentido, aquí entre nosotros, tres días atrás llegó a mis manos el artículo “La crisis de los valores” escrito por Rafael Gandolfo, que se expresa así: “Echemos un vistazo a ese prototipo de hombre que son los científicos, los técnicos, los empresarios, en fin, los especialistas en alguna materia de utilidad social: llamaría la atención cómo resalta la eficiencia de cada cual en su campo, y en muchos de ellos nos asombraría la capacidad de razonar y analizar, de inventar, de elaborar proyectos y calcular los medios para la realización de ellos. A la vez comprobaríamos la impotencia de esos especialistas para decidir, no si todo lo ganado sirve para algo, sino si ese algo conduce a lo que el hombre espera de la vida, a lo que debe esperar de ella, según se lo reclama su naturaleza humana. Tiene que presentársele como evidente que toda la suma de los conocimientos



de la ciencia y todas las invenciones de la técnica no son sino medios e instrumentos para esa otra cosa que justifica el enorme trabajo desplegado y que por su misma esencia no puede ser descubierta por la ciencia o puesta al alcance por ningún producto de invención”. “Hay pues una función de la razón que ha quedado rezagada en nuestro mundo; una función maestra, sin la cual las demás trabajan en el vacío; una función que permite ser descubierta”. Otra opinión, de un educador nuestro, don Bernardino Lira, dice: “Ante esta situación es hoy más urgente que nunca el cultivo de las humanidades y de las disciplinas que miran a formar al hombre como tal. Sólo las humanidades centradas, precisamente, en el estudio del hombre y de las expresiones libres de su conciencia, sin intentar modificarlas en nada, constituyen la verdadera reserva científica contra el dominio de la tecnología. El cultivo de las humanidades es, pues, el camino para que él consiga dominar esa fuerza que él mismo ha generado mediante la ciencia y la técnica; si falta esa formación humana, el hombre corre peligro de encontrarse en una situación semejante a la de un salvaje, que ha cambiado su arco y flecha por una ametralladora”.

La ciencia está enjuiciada y, frente a este juicio, debemos preguntarnos si la ciencia, en su avanzar, está efectivamente socavando los valores que exalta el humanismo. ¿Significa esto que la ciencia no posee valores propios que la justifiquen y que forman parte indispensable del tesoro de la personalidad? Estas cuestiones, que pretendo analizar más adelante, nos llevan a meditar primero, que nunca como ahora la humanidad ha acumulado tantos conocimientos; jamás como ahora existió un grupo tal de individuos altamente educados que han logrado almacenar en sus cerebros la más vastísima información, porque nunca como ahora la humanidad ha dispuesto de tantos recursos por parte de la industria del conocimiento, estando a su alcance la red informática mundial más vasta que es posible imaginar, por la cual es posible saber todo lo que millares de cerebros han descubierto. El hombre, como nunca ahora, puede decir que lo que sabe lo sabe ya para siempre, porque está acumulado, no sólo en imágenes, sino en medios que prácticamente resultan indestructibles. Nunca como ahora el hombre ha podido viajar en forma pasiva, trasladarse con velocidad supersónica, conocer otros continentes y territorios, otras culturas y sociedades; en fin, conocer al hombre profundamente en toda su magnitud. Sin embargo, en contrapartida no sólo existe el temor de la destrucción, de lo apocalíptico y final, sino que —aparte del hambre y la miseria— cunden el desaliento y la desesperanza. La desesperanza es tal vez el aspecto más penoso, a mi juicio, que vive la humanidad en este momento. En la juventud de muchos países esto ha penetrado en el alma como un veneno. Y el hastío existencial, el aburrimiento al encontrar todo soso, la búsqueda de elementos de excitación, como la drogadicción, lo embrutecen. Se ha caído en el erotismo, la violencia y el terrorismo. Se vive la paradoja y la irracionalidad, por la cual al hombre civilizado de hoy le es más fácil desembarcar a un congénere en la Luna que derribar el ignominioso muro de Berlín.

La ciencia, que centra su actividad en la búsqueda de la verdad, representa la empresa intelectual más grandiosa del hombre. Es la única aventura que avanza sin regresión, ya que es un hecho palpable que hoy día sabemos mucho más que ayer, y que mañana sabremos más que hoy. Este saber no está



perdido; se está acumulando y creciendo constantemente. A pesar de ello caemos en irracionalidades, como si el conocimiento no tuviera razón suficiente para ser buscado. La situación de la ciencia y de los valores humanos hoy en cierto modo refleja la inconformidad constante de muchos grupos sociales, intelectuales, etc. por esta dicotomía entre la ciencia y el humanismo. Una dicotomía que, como hecho negativo, gravita sobre la ciencia y la acusa de haber deshumanizado al hombre. Nuestra visión, que dice: "la verdad hará libre al hombre", resulta que otros la impugnan afirmando que la ciencia lo ha esclavizado en vez de liberarlo. La tecnología se ha convertido en un artilugio de dominación, un instrumento del poder. La ciencia ha destruido (esto lo dicen los poetas, generalmente) la belleza ingenua, la belleza prístina de las cosas, anulando la emoción estética. La rosa, tal cual la veo suspendida en su pedúnculo, que veo columpiarse primorosa y diáfana en el aire, es mucho más hermosa que cualquiera acabada descripción botánica, física o química de ella, por muy exhaustiva que fuese, relatando todos los componentes que explican el cómo de su existencia.

Yo diría que la ciencia en sí no deshumaniza al hombre, que la verdad puede liberarlo, y que la ciencia no destruye la belleza. El científico puede disfrutar de la belleza ingenua, tal como la naturaleza nos hace entrega, pero también puede disfrutar de la otra belleza, que es la realidad escondida que está detrás de las apariencias. Por cierto que hay factores que hacen de la ciencia una cosa poco comprendida, poco asimilable por parte del hombre que no vive en el quehacer de ella. La ciencia no se aprende sólo con el devenir de la vida; la ciencia no es sustantivo, es verbo, más bien que un quehacer, que nos hace enfrentar la realidad tratando de penetrarla. Deberíamos buscar dónde están los elementos que han hecho aparecer este aparente distanciamiento de las dos corrientes fundamentales de nuestra cultura; la ciencia y el humanismo; ambas nacieron de la misma fuente, pero hoy aparecen como dos fuentes que se mueven en cauces cada vez más divergentes, sin comunicación.

Pensando históricamente, primero aparece el conocimiento como un instrumento del pensamiento, conquistado, develando algo que estaba oculto tras la simple apariencia. A través de él se constituyen conceptos y teorías, que hacen del conocimiento el motor más formidable de cambios, el impulso innovador por excelencia, el elemento contrastante, que continuamente es emisario de nuevas cuestiones que nos obligan a cambiar la visión de las cosas. Por otro lado, en los valores que el hombre ha elaborado, y que han sido creados para la eternidad, no hay nada nuevo que descubrir. Por ejemplo, la ética ya la creamos. Pensemos sólo en los mandamientos. ¿Quién podría agregar uno nuevo? ¿Quién podría cambiarlos? He aquí un elemento de estabilidad, de unión que resiste el cambio; estos valores son incambiables, porque son autoevidentes, en oposición a la ciencia, que labora y progresa en su carro triunfal. La ciencia lo está cambiando todo, incluso ella misma, porque estoy convencido de que no hay cosa más provisoria y conjetural que el conocimiento científico.

Nos encontramos así entre ciencia y valores humanos, entre dos mundos: un mundo cambiante y un mundo de estabilidad, el mundo de la posibilidad y el de la firmeza, el mundo de la esperanza y el de la eternidad. La ciencia demuestra lo que es; la ética, lo que debe ser. Hay algo más todavía, que, a



mi juicio, se olvida al considerar este eterno discurrir de la ciencia y de los valores. Ello es que esta segregación de los valores de los elementos que la ciencia produce y entrega es a su vez un producto propio de la ciencia moderna. En la antigüedad clásica, en la Grecia eterna, la filosofía no hacía distinciones entre ellas, no había zonas separadas entre la ciencia y la ética. El hombre formaba parte del cosmos: el microcosmos era el ser humano, el macrocosmos era el resto del mundo observable. El hombre y sus valores constituían una unidad, y así la sintieron los filósofos.

Sócrates centralizó toda su curiosidad, todo su ingenio y capacidad en dilucidar lo que es el ser, el hombre fundamental, y explicar el mundo moral que lo rige. Lo importante era saber qué piensa el hombre de la justicia, de la virtud, del honor, de los valores que fueron fundamentales en nuestra civilización occidental, y que también han servido como elemento básico en la construcción de nuestro pensamiento católico.

A los griegos les importaba fundamentalmente llegar a la esencia de la cosa, saber lo que ella es, y explicar la última esencia que define las cosas. Todos sabemos que Platón elaboró su teoría de las formas, de las ideas, pretendiendo construir el arquetipo de cada cosa, que representara la última realidad, esa realidad no cambiante y eterna. Recogía la duda de Parménides en el concepto de que los sentidos no ofrecen la posibilidad de conocer, porque captan un mundo constantemente cambiante y en continuo flujo. No podemos conseguir la verdad de una cosa que ahora está siendo, pero que todavía no es. Parménides lo insinuó y dio sostén a Platón, diciendo que el hombre tiene el recurso de la razón para llegar a intuir el ser. El poder de la razón se había manifestado tan eficaz con el manejo de los conceptos matemáticos, que las verdades matemáticas resultan indiscutibles y autoevidentes. Esta firmeza, que consiguió la matemática, juega un papel fundamental para suministrar la confianza necesaria al poder de la razón.

A través de la razón podemos llegar a conocernos; los sentidos no nos permiten por sí solos conocer la verdad. Si bien Aristóteles recogió la teoría de las ideas de Platón, pensó que el mundo que rodea al hombre está en continuo cambio; no podemos conocer su esencia. Lo dijo así: "Si bien no podemos penetrar en la perfección de los cielos, la contemplación de la naturaleza es asombrosa". Le interesó conocer la naturaleza y cómo llegar a concebir la realidad en torno; paso a paso podríamos comprender todo fenómeno analizando sus causas, que para Aristóteles eran fundamentalmente cuatro: forma, sustancia, causa eficiente y causa final. Nada se produce en vano en la naturaleza, todo tiene un fin, un propósito; nada se produce al azar. También esto afirma el concepto de la causalidad y rechaza el de Demócrito que, como materialista, concebía a la materia como el resultado de la adhesión tras el choque de partículas atómicas. Contra esta posición, Aristóteles opuso su teoría de la causalidad. En la construcción de una estatua necesitamos que concurren las causas antes dichas. No hay estatuas sin sustancia, hierro, bronce o mármol, pero el mármol u otro elemento tiene que adquirir una forma, y además otro elemento causal va a permitir su realización; tampoco esto se hace espontáneamente si no hay alguien que lo ejecute, que cincele el mármol y constituya la causa eficiente.

El cincelador y el escultor no hacen su oficio sin un propósito. En la decisión de producir el cambio habría un elemento fundamental, la causa final,



de naturaleza fundamentalmente ética, porque involucra un propósito o intención, tal vez el de expresar la belleza. Todo en la naturaleza parece tener una intención. Curiosamente, los griegos describían el mundo físico gobernado por leyes derivadas de la observación de los seres vivos. El mundo físico era explicado con propiedades que se hacían muy ostensibles en los seres vivos, dotados de una intención y un objeto muy aparente. Curiosamente, la ciencia de hoy día ha pensado al revés: los seres vivos se explican por las propiedades del mundo físico. Lo importante es este elemento ético fundamental, en que estudiar la naturaleza suponía descubrir cuáles eran las intenciones en juego, que no pueden ser sino el bien de la cosa. Al analizar, como ejemplo, el famoso fenómeno del movimiento y caída de la piedra, el propio Aristóteles reflexionaba diciendo: “Bueno, la cosa llega a la tierra porque es su lugar natural, la piedra participa de los mismos elementos, que la tierra; de ahí la atracción”. Y todavía —refiriéndose a esta intención— decía: “La piedra se va acelerando, se va apurando, lo mismo que nos ocurre cuando vamos hacia nuestro hogar, que a medida que nos acercamos, aceleramos nuestros pasos”. Aquí habría una voluntad de hacer y de llegar. Esta posición de la filosofía griega sufre una ruptura violenta en el Renacimiento.

Se inicia la revolución copernicana. En forma tímida, Copérnico intuye que el ordenamiento de los cielos y el movimiento de los planetas, etc., se rige por leyes que son mejor explicables por conocimientos matemáticos y astronómicos. El pensar que la tierra no sería el centro del universo, sino que ella giraría en torno del sol como otro planeta, representaba una ruptura muy delicada para aquel tiempo, donde la concepción del universo tenía un contenido moral muy importante. La repercusión mayor nace más adelante con el drama galileano, cuando Galileo apoya la concepción copernicana, diciendo que la tierra gira en torno al sol. Dado que los cielos representaban la perfección, había allí un mensaje moral: los astros se movían en círculos perfectos, eran esferas, representativas de la figura perfecta. Todo era perfección, firmeza, eternidad, duración, incorruptibilidad, mientras sobre el planeta tierra todo se corrompía y transformaba. Naturalmente que esta imagen de perfección superlativa en el universo era muy importante para la teología imperante. Con Galileo sufre la ciencia tal conmoción, que prácticamente significa echar por la borda las causas aristotélicas, conservando sólo la causa eficiente. Para la ciencia moderna lo que importa es conocer la causa determinante del proceso. Fue tan profunda esta revolución, que cambió radicalmente nuestra concepción. Mientras los griegos perseguían como aspiración máxima del intelecto llegar a concebir el ser, la sustancia última de las cosas, es decir, entender el para qué de las cosas, con Galileo se plantea simplemente el cómo de la cosa; se renuncia definitivamente a penetrar en la esencia de las cosas.

Así, el dominio de la ciencia se restringe notablemente, dejando una enorme extensión de problemas que corresponden, por cierto, a una filosofía, pero ya no son propios de la ciencia.

La ciencia se circunscribe a estudiar fragmentos de la realidad, ya sea por la observación o por la experimentación, empleando para ello el lenguaje matemático que, como decía Galileo, es el lenguaje de la naturaleza. Desde entonces, la ciencia pasa a tener un territorio definido y un quehacer centrado en el mundo observable, al cual hay que considerarlo con la más absoluta ob-



jetividad, de modo que las suposiciones que pudieran nacer de nuestro subjetivismo son rechazadas como algo espurio.

Así, la ciencia moderna es una ciencia de la causalidad, que alcanza con Newton una expansión formidable, y afirma esta causalidad casi como fin del conocimiento científico. Queda definido un campo en que el quehacer de la ciencia está separado de la filosofía, donde la especulación metafísica queda destruida.

En el siglo XVII, casi contemporáneamente con Galileo, aparece el filósofo francés René Descartes, quien establece aún más claramente la jurisdicción de la ciencia y de lo que pudiera ser el campo de la moral, la ética y la religión. Se establece el concepto de dualidad: el cuerpo y el espíritu, que aunque no era nuevo, forma un ingrediente fundamental para el científico, ya que, según Descartes, el cuerpo podría ser tratado y estudiado a través de los elementos físicos disponibles, quedando el espíritu impedido de abordaje por la ciencia, constituido por la sustancia pensante inmaterial, que no ocupa espacio.

Tenemos, así, definidas dos jurisdicciones fundamentales. En una está el campo de la meditación, de los teólogos y filósofos, que piensan el espíritu. La ciencia se ubica en la provincia restringida del mundo observable.

Todo parecía claramente definido y sin posibilidad de conflicto. Sin embargo, la historia nos muestra que en el curso de los siglos XVII, XVIII, XIX, y particularmente en el actual, hay continuos conflictos derivados en gran parte del propio avance científico, de la cierta arrogancia que proporciona el carro triunfal de la ciencia, del vencedor que va sobre ese carro y que se siente único poseedor de la verdad.

Así tenemos que desde la ciencia aparecen dos tendencias que se han llamado: la reduccionista y la expansionista. La reduccionista pretende que la ciencia debe quedar reducida al campo limitado de los hechos observables, sin pretender incursionar (porque no tiene el poder para ello) en el campo de los valores humanos. En cambio, los expansionistas que han ido aumentando en número con el tiempo, plantean que el pensar y los procesos que ocurren en nuestro espíritu son fenómenos que están sucediendo en nuestra corteza gris y masa encefálica. Esta tendencia, hoy día dominante, hace que aun los fenómenos más complejos deben ser regidos por leyes que los gobiernan a nivel de átomos y moléculas. Las moléculas y átomos, a través de sus leyes, definen no sólo todos los procesos biológicos que ocurren en el interior de una célula, sino procesos como la multiplicación celular, la fecundación del ovocito. Para los más atrevidos estos procesos físicos, fisicoquímicos, definirían también todos los fenómenos de la mente del hombre. Los avances experimentados por la física en nuestro siglo (conquistas que cambiaron el concepto de causalidad, de materialidad del universo, de espacio y tiempo, de masa y energía, relatividad del espacio y el tiempo, y principio de indeterminación) hicieron prevalecer el pensamiento de que los fenómenos se producen no sólo por leyes de causalidad, sino por leyes de probabilidad. Esto tuvo alcances epistemológicos y no tanto éticos, no obstante que hubo, naturalmente, pretensiones del lado de la física, como Niels Bohr, por ejemplo, que pretendió en cierto modo dar una explicación de este binomio "cerebro y conciencia" basado en la complementariedad; así como la luz puede ser onda y corpúsculo al mismo tiempo, hay allí la base material "cerebro equivalente



al corpúsculo”, que podría también convertirse en cosa inmaterial u onda. El principio de que los fenómenos fisicoquímicos de los seres más elementales son muy parecidos a los propios de un ser complejo y superior, ha consolidado la visión de que hay una unidad tremenda en la gran diversidad de formas en la naturaleza. Hay muchas más semejanzas que diferencias entre la vaca y el pasto que la vaca come.

Esta unidad da base para pensar que las cosas ocurren en los seres inteligentes y los no inteligentes de un modo parecido.

Los éxitos fabulosos de hoy descansan en los tremendos avances en la genética basados en el descubrimiento del código genético, presente en cada célula, y desde donde se dirige todo. ¿Por qué no pensar que la conciencia es una parte de este mecanismo informativo y es el que dirige toda la actividad cerebral? Con audacia y desenfado increíbles hay quien busca el gen de la solidaridad y el gen de las virtudes. Los genes proveerían el elemento material que condiciona la conducta. Es esta posición la que ha aumentado y acentuado, en los últimos tiempos, la deshumanización de la ciencia, especialmente en ciertos aspectos como la biología molecular, pero es más notorio en las ciencias psicológicas, sociológicas modernas, donde se ha planteado que el hombre sería prácticamente un ser sin responsabilidad moral, porque carecería de libertad al estar todo determinado mecanísticamente.

La dualidad de cuerpo y espíritu cartesiano desaparece. Todo cae bajo el mismo análisis, porque los fenómenos del pensamiento llegan a ser tan naturales como el proceso de la fecundación o de la división celular, y se explican por reacciones moleculares. Naturalmente, esto crea conflicto entre la posición de la ciencia —que debe tener neutralidad moral— y la del científico, quien ha dejado de ser neutro en este aspecto.

Yo concibo que la ciencia es amoral y debe ser amoral. No quiero decir con esto que la ciencia sea inmoral, que sería otro concepto. Es amoral porque la ciencia no puede definir, por los medios que le son propios y con objetividad que le es propia, lo que es bueno y lo que es malo. No se puede penetrar objetivamente en la definición de la conducta y prescindir de la subjetividad. La ciencia no es código de moral: está para definir y señalar lo que es verdadero y lo que es falso.

Volviendo al problema de la ciencia y humanismo, ya aceptando que el conocimiento es más que la información, es evidente que necesitamos no sólo el conocimiento, que inexorablemente crece y se acumula día a día, permitiendo dar un nuevo paso en el saber, sino necesitamos llegar a la sabiduría, que constituye otra cosa, otra etapa, y que no es posible alcanzarla desconociendo los fundamentos del humanismo. Debemos buscar la conjunción adecuada entre conocimiento y sabiduría, de modo que en el lado del conocimiento las decisiones se hagan en torno a principios fundamentales de la ética y nuestros propios mandamientos. Al considerar ciencia y humanismo y los valores que han construido, en esta perspectiva me parece fundamental su profunda asimilación en la formación de los hombres, y particularmente de los científicos, que como dijo una vez Ortega y Gasset: “Suelen ser bárbaros ignorantes”. Se refería a ese vacío intelectual que muchas veces se advierte en ellos, un cierto modo de olvido, y a veces casi desprecio por aquello que puede constituir el regalo más asombroso que puede atesorar el hombre, que es la potencialidad para amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo.



#### NOTA BIOGRAFICA

**Dr. Héctor Croxatto Rezzio.** Nació el 3 de julio de 1907, en Valparaíso. Obtuvo su título de Médico Cirujano en la Universidad de Chile el año 1930 y ese mismo año inició su brillante trayectoria de investigador y docente universitario, con su primer nombramiento como Profesor de Fisiología en el Instituto de Educación Física y Técnica de la Universidad de Chile. Tres años más tarde (1933), llegó a la Universidad Católica de Chile como Profesor de Fisiología de la Escuela de Medicina. Entre los años 1930 y 1966 su labor de investigador y docente se desarrolló en forma simultánea en el Instituto de Educación Física y en el Departamento de Ciencias Naturales y Matemáticas de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile y en la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. A partir del año 1967 concentró sus actividades en las Facultades de Medicina y Ciencias Biológicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile. El año 1965 fue llamado por el Ministerio de Educación Pública para programar y dirigir la importante labor de perfeccionamiento del profesorado de Educación Media y el año 1966 fue nombrado Primer Director del Centro de Perfeccionamiento y Experimentación del Magisterio.

En su currículum figuran los cargos de Director del Departamento de Ciencias Naturales y Matemáticas de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile y Secretario Académico y Decano Interi-

no de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Pertenece, en calidad de socio ordinario y honorario, a treinta Sociedades Científicas Nacionales e Internacionales, entre las cuales destacan la Academia de Ciencias y la Academia de Medicina del Instituto de Chile y la Academia Pontificia de Ciencias. El nombramiento como miembro de Número de la Academia Pontificia de Ciencias (1975), el Premio Nacional de Ciencias (1979), el Premio Bernardo Houssay, otorgado por la OEA (1981), y el nombramiento como "Doctor Honoris Causa" de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1983) pueden ser consideradas como las distinciones más relevantes dentro de las muchas logradas durante el desempeño de su labor de investigador y maestro. Su obra permanece en el testimonio escrito de aproximadamente trescientos artículos publicados en revistas científicas y de educación y en más de cien conferencias y clases magistrales, pero, por sobre todo, en las enseñanzas de los numerosos discípulos que él ha formado y que desempeñan su labor en la mayoría de las universidades y de los liceos de Chile.

En reconocimiento a su labor creativa, que sobrepasa las fronteras de Chile, el año 1976 el Gobierno italiano le otorgó una de sus más altas condecoraciones, la de "Grande Ufficiale della Repubblica Italiana". La distinción más grande, sin embargo, la constituye el gran cariño que le profesan sus discípulos y que ven en el Dr. Croxatto el símbolo del maestro y el hombre lleno de bondad y sabiduría.